

A-C.127/6

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA VIUDA
DE LÓPEZ

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. LUIS MARIANO DE LARRA.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS.—2—2.º

1886.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.º DE MAYO DE 1885.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Baltasar y Rafael.....	1	Sres. Tormo y Pinedo.....	Todo.
Boda y bautizo.....	1	D. M. Echegaray.....	Mitad.
Botasillas.....	1	Miguel Casañ.....	Todo.
Cómo se pasa la vida.....	1	Adolfo Llanos.....	»
El balneario.....	1	Eduardo Navarro.....	»
Futuro imperfecto.....	1	Cárlas Hueté.....	»
Hidrofobomanía.....	1	M. Casañ.....	»
La trompeta.....	1	Adolfo Llanos.....	»
Los niños terribles.....	1	Enrique Segovia Rocaberti.....	»
Nos casamos.....	1	Adolfo Llanos.....	»
Reina y matif.....	1	F. Pi.....	»
Solteros e ntre paréntesis.....	1	Perrín y Palacios.....	»
Pedro Jiménez.....	1	Gutiérrez Alba.....	»
Venganza aragonesa.....	1	Manuel Izquierdo.....	»
Caridad.....	2	Juan Ortíz.....	»
El Macareno.....	2	Miguel Casañ.....	»
Las de Miguelturra.....	2	Navarro.....	Mitad.
Andrea.....	3	N. N.....	Todo.
Carlota de Sain Albert.....	3	Joaquín Coello.....	»
Clara Sol.....	3	Ricardo Rodríguez.....	»
Don Juan Tenorio. (5.ª parte).....	3	Bartrina y Arus.....	»
Uora.....	3	Javier Santero.....	»
Diabolín.....	3	Segovia y Blasco.....	»
Dionisia.....	3	Manuel Tubino.....	»
El amigo de confianza.....	3	Enrique Gaspar.....	»
El caballo de cartón.....	3	Vallejo y Estrúz.....	»
El cercado ajeno.....	3	Federico Soler.....	»
El general Montleón.....	3	Javier Santero.....	»
En primera clase.....	3	M. Echegaray.....	»
Georgina.....	3	Pedro Gil.....	»
La Sociedad.....	3	Federico Gómez.....	»
La viuda de López.....	3	Larra.....	»
Lola.....	3	Enrique Gaspar.....	»
Las de Regordete.....	3	E. Sierra.....	»
Le Maître de Jorges.....	3	Erekman Chatriam.....	»
Les petits Godins.....	3	Maurice Ordonneau.....	»
Pedro López.....	3	Rafael García Santistéban.....	»
Teresa Raquin.....	3	Hermenegildo Giner.....	»
Denise.....	4	Alejandro Dumas.....	»
Les Rantzan.....	4	Erekman Chatriam.....	»
Los Rantzan.....	4	Erekman Chatriam.....	»

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

- | | | |
|---|---|---|
| <p>El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
A caza de cuervos.
Una nube de verano. (5.^a edicion.)
Lanuzá.
Entre todas las mujeres (1)
Sapos y culebras (1).
Una Virgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso. (2.^a edicion.)
Juicios de Dios.
La flor del valle. (2.^a ed.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.</p> | <p>El amor y el interés. (5.^a edicion.)
La planta exótica. (2.^a edicion.)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oración de la tarde. (8.^a edicion.)
Los lazos de la familia. (5.^a edicion.)
Rizo de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
El Marqués y el Marquésito.
Los infieles (5). (5.^a ed.)
La agonía. (5.^a edicion.)
Flores y perlas. (4.^a ed.)
Dios sobre todo. (2.^a ed.)
El hombre libre.
La primera piedra. (2.^a ed.)
Estudio del natural. 2.^a.</p> | <p>La cosecha. (2.^a edicion.)
En brazos de la muerte. (2.^a edicion.)
¡Bienaventurados los que lloran! 5.^a edicion.)
El bien perdido. (2.^a ed.)
Oros, copas, espadas y bastos. (5.^a edicion.)
El ángel de la muerte.
El Bequerro de oro.
Los hijos de Adán.
El árbol del Paraíso.
El Caballero de Gracia. (2.^a edicion.)
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!
Los corazones de oro. (2.^a edicion.)
Tres pies al gato...
¡Risas y lágrimas!
Las ranas pidiendo rey.
Un buen hombre.
La viuda de López.</p> |
|---|---|---|

ZARZUELAS.

- | | | |
|--|---|--|
| <p>Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (M. de Oudrid.)
As en puerta. (M. de Oudrid.)
La perla negra. (M. de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (M. de Gaztambide.) (4.^a ed.)
La conquista de Madrid. (M. de Gaztambide.) (5.^a edicion.)
Cadenas de oro. (M. de Arrieta.) (4).
Una revancha. (M. de Campo.)
La insula Barataria. (M. de Arrieta.)
Punto y aparte. M. de Rogel.
Los órganos de Móstoles. (M. de Rogel.) (5.^a ed.)
Los infiernos de Madrid. (M. de Rogel.)</p> | <p>La varita de virtudes. (M. de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (M. de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (M. de Marqués.)
Justos por pecadores. (M. de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (M. de zarzuelas.)
El strevido en la corte. (M. de Caballero.)
El conde y el condenado. (M. de Rogel é Inzenega.) (5).
Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (5.^a edicion.)
La creacion refundida. (M. de Rogel.)
El barberillo de Lavapiés. (M. de Barbieri.) (10.^a edicion.)
La vuelta al mundo. (M. de Barbieri y Rogel.) (2.^a edicion.)</p> | <p>Chorizos y Polacos. (M. de Barbieri.)
Viaje á la luna. (M. de Rogel.)
Juan de Urbina. (M. de Barbieri.)
Los pajes del Rey. (M. de Oudrid.)
Las campanas de Carrion. (Música de Robert Planquette.)
La guerra santa. (M. de Arrieta.) (6).
El Corpus de sangre. (M. de Caballero.)
La niña bonita. (M. de Caballero.)
Los hijos de Madrid. (M. de Cereceda.)
Boccaccio. M. de Franz de Suppé) (5.^a edicion.)
La Africanita. (M. de Cereceda.)
El año de la Nanita. (M. de Rubio.)</p> |
|--|---|--|

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

- Tres noches de amor y celos. Nove'la en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz. (2) Idem con D. Ventura de la Vega. (3) Idem con D. Narciso Serra. (4) Idem con D. Ramon de Navarrete (5) Idem con D. Antonio García Gutierrez. (6) Idem con Don Enrique Perez Escrich.

LA VIUDA DE LÓPEZ

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. LUIS MARIANO DE LARRA.

Estrenada con éxito extraordinario en el Teatro de la PRINCESA de Madrid, el 12 de Marzo de 1886.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.

Atocha, 100, principal.

1886.

PERSONAJES,

ACTORES.

JULIA.....	SRTA. MENDOZA TENORIO.
LA VIUDA DE LÓPEZ.....	LOMBIA.
CLARA (1).....	GUINEA.
SALAZAR.....	SRES. CEPILLO.
RICARDO.....	MARIO.
MONLEÓN.....	GUZMÁN.
UN CRIADO.....	»

Los tres actos en una casa de campo de Carabanchel.
Época actual.

(1) Niña de ocho á doce años: segun la edad de la actriz que desempeñe este papel hay que variar todas las fechas que á ella se refieren.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



ACTO PRIMERO.

Sala sencilla y elegantemente amueblada en una casa de campo. Puertas laterales: al foro dos ventanas por donde se ve el jardín.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, RICARDO continuando una conversación.

Ric. ¿Estamos conformes? (De pié, al lado de Julia.)

JULIA. De ningún modo. (Sentada.)

Ric. Pero ¿por qué? ¿Qué mal hay en ello? ¿El medio no es ingenioso?

JULIA. Demasiado ingenioso: y ruego á usted que terminemos cuanto antes esta peligrosa entrevista.

Ric. Si cumpliendo las órdenes de usted no he vuelto á verla hace seis años; si jamás hasta hoy he pisado la casa de su marido; en una palabra, si nada existe de lo pasado, más que el asunto que me ha obligado hoy á presentarme á su vista, no tiene usted derecho para dudar de mi buena fé. Cesen, pues, su irónica sonrisa y sus despreciativas miradas, y concluyamos cuanto antes. ¿Rechaza usted mi proyecto?

JULIA. Terminadamente.

- RIC. Yo creía que la mayor felicidad de usted, sería ver á su lado á Clara, sin que nadie pudiera estorbarlo.
- JULIA. La mayor felicidad de mi vida, cierto; ¡pero no en esas condiciones!
- RIC. Queda otro recurso entonces. (Con ironía.)
- JULIA. ¿Cuál?
- RIC. Confesárselo todo á su marido.
- JULIA. ¿Todo? (Con desprecio.)
- RIC. Todo lo que á usted la concierne.
- JULIA. Eso es lo que yo hubiera debido hacer antes de mi matrimonio. Pero el alma de la mujer, es débil, en ciertas situaciones. Antes que morir de rubor, prefiero morir de pena. ¡Qué vida, Dios mío!
- RIC. Adoptemos un medio que lo concilia todo.
- JULIA. Decididamente, hay cosas que usted no comprenderá nunca.
- RIC. Lo que yo no comprendo, es que los humanos sean víctimas de ideas ó sentimientos que á nada conducen. La vida no es una utopía es un hecho. Cuanto la transtorne; cuanto la desvíe de lo normal y lo positivo, es un absurdo. ¿Tal ó cual cosa es conveniente, es útil, nos lleva al fin que nos proponemos? Pues todo cuanto se oponga á nuestro deseo, llámese honor, dignidad, delicadeza, es tonto y está por consiguiente desprovisto de sentido práctico.
- JULIA. ¿Qué hombre es usted? (Con desprecio.)
- RIC. El hombre de hoy. La existencia es corta y no hay que perder tiempo. El dinero es el poder único y supremo y hay que adquirirle cueste lo que cueste. Las leyes divinas, iguales en todas las religiones, nos hacen no tener ninguna: las leyes humanas, idénticas en todos los países civilizados, nos enseñan á no enredarnos en las mallas del Código penal. En no siendo criminal ante la ley, todo hombre es legalmente honrado, y en no cayendo en las ridículas debilidades de *amar* y de *sentir* todo hombre es fuerte. Y como éstas, después de todo, no son más que teorías, venga-

mos á la práctica. Por última vez, ¿quiere usted ó no, que yo traiga á Clarita á esta casa por el sencillo método que acabo de indicarla?

JULIA. ¡Por última vez, no! (Con entereza.)

RIC. Entonces, no será culpa mía si no vuelve usted á verla.

JULIA. ¿Cómo? ¿qué piensa usted hacer?

RIC. ¡Enviarla á América, donde una lejana parienta mía consiente en encargarse de ella!

JULIA. ¿Á América? ¿Por qué no dejarla con esas buenas gentes que la han educado?

RIC. No ha de estar allí eternamente; ni yo puedo tenerla conmigo, puesto que voy á casarme, ni mi futura mujer es de las que admiten hijos ajenos. En este caso, mi combinación era excelente. En lugar de verse usted precisada á ocultarse de todo el mundo, para ir á dar un beso á esa niña, lo que ha hecho usted cuantas veces le ha sido posible durante siete años, hay que hacerla á usted esa justicia; en vez de exponerse sin cesar á ser descubierta, yo la proponía á usted la manera de tener á esa niña constantemente á su lado, de poder cuidarla, quererla, educarla, besarla á la faz del mundo entero. Usted no quiere... ¿cómo ha de ser? No hablemos más de ello. ¡Voy á llevármela!

JULIA. ¿Á llevársela? ¿pues dónde está?

RIC. Á dos pasos de aquí, en la fonda del pueblo, donde hemos llegado ella y yo hace media hora.

JULIA. Pero ¿ha tenido usted la audacia de traerla aquí?

RIC. En primer lugar, yo contaba con el consentimiento de usted. ¡Vea usted si soy inocente! y en segundo lugar, ¿qué audacia es esa? Precisemos la cuestión y siga usted mi razonamiento. Yo vengo de Madrid ha hacer una visita de despedida á un antiguo amigo de mi familia que se llama don Carlos Salazar, brigadier de marina, que sale para Filipinas dentro de tres ó cuatro días con una misión ó un empleo del gobierno. Mi *amigo* vive en Carabanchel. Hace un día her-

moso, yo tengo una hija de seite años, cosa que todo el mundo ignora, hasta ella misma. Traigo á mi hija conmigo, para pasar un dia de campo: pero como yo no tengo necesidad de contar mis asuntos á Salazar, dejo á mi hija en la fonda, mientras vengo á hacerle mi visita. Esperando que el brigadier vuelva de Madrid, ya que ha dado la *casualidad* de que yo llegue á Carabanchel estando él ausente, y hablando con su esposa, á quien encuentro triste; cosa muy natural en vísperas del viaje de un marido á quien se ama, se me ocurre una idea, cuya ejecución podría distraerla durante la larga ausencia de su esposo. Esta idea, es la de confiarla mi hija, que no tiene madre, puesto que su madre ha muerto, ni padre, puesto que nadie en el mundo sabe que yo lo soy suyo, y que no podía quedar en mejores manos. La señora de Salazar, en vez de admitirla, rechaza esta idea. ¿Qué le hemos de hacer? Yo espero que Salazar llegue; le doy un apretón de manos, me vuelvo á Madrid con Clara; la confío á cualquier extraño que la conduzca á América á casa de la parienta con quien ha de vivir en adelante... y... dígame usted ¿qué hay en todo esto de perversidad, de inconveniencia ó de audacia?

JULIA. Nada... para el mundo, y como hombre práctico, está usted dentro de las fórmulas sociales y libre del Código penal. Para mí, que veo algo más, y para Dios, que lo ve todo, ¡lo que hace usted hoy, es una infamia! ¡después de tantas otras! ¿Qué le he hecho yo á usted para que así me torture? ¿Por qué quiere usted alejar de España á esa niña?

Rtc. Se lo he dicho á usted ya. Si la mujer con quien voy á casarme, supiera la verdad antes del matrimonio, este no se efectuaría, y es indispensable que se efectúe: si lo supiese después, mi casa sería un infierno. Esa mujer es celosa, hasta de mi pasado, y me espía y me vigila sin cesar. Si no se tratara más que de mí, del mal el menos; pero se trata también de usted:

y si después de conocer la existencia de esa niña, adquiriera mi mujer la prueba de que usted era la madre, la haría todo el daño posible.

JULIA. ¡Oh! ¡qué hacer! ¡qué hacer?

RIC. Si usted amara á su hija...

JULIA. ¡Yo!...

RIC. No sólo aceptaría el plan que la propongo, sino que me daría usted las gracias por haberle concebido.

JULIA. ¡Pero usted sabe que esa niña me llama madre cuando me vé!...

RIC. ¡Sin saber lo que ese nombre significa! Tranquilícese usted, no se hará traición á sí misma. Yo la he recomendado que la vea á usted como si no lo conociera: sabe guardar un secreto y no dirá más que lo que deba decir. ¡Tiene mucho mío!

JULIA. ¡Dios no lo quiera!

RIC. (Sonriéndose.) Mal me trata usted: por fortuna yo no soy susceptible. Al cabo de algunos meses de esa nueva intimidad, natural es que esa hija de adopción la llame á usted su madre, y todo el mundo quedará contento. Hay en lo pasado un hecho que usted quisiera poder borrar. Es imposible; mejor sería que no hubiese existido: es evidente; pero existe y nada podemos contra él. En lugar de deplorar eternamente este hecho, veamos lo que de él podemos sacar, agradable para nosotros y útil para esa niña. La casualidad ha hecho que usted sea la esposa de un amigo de mi padre; de un hombre que me ha visto nacer. Utilicemos la casualidad; es la Providencia de las personas de talento.

JULIA. ¿Qué hay en su alma de usted?

RIC. Cuando usted me diga dónde está el alma, podremos entendernos. Amiga mía... (Con familiaridad.)

JULIA. Caballero... (Retrocediendo.)

RIC. (Levantándose.) Perdone usted mi distracción y mi familiaridad. Yo no creo más que en lo que veo, y no he visto nunca el alma de nadie. Mi falta hoy es haber dado

- á usted parte de mi proyecto. No necesitaba más que haber pedido ese favor á su marido, sin que usted lo supiera, y es seguro que al concedérmelo, hubiera usted tenido que aceptar de su mano, lo que rechaza usted ofrecido por la mía.
- JULIA. Haga usted lo que su egoismo le dicte, y libreme cuanto antes de su presencia. (Timbre en el jardín.)
- RIC. Salazar llega. (Mirando por el foro.) Déjeme usted hacer y reflexione durante ese tiempo. Si el resultado de sus reflexiones es que usted debe rehusar, rehuse en buen hora; yo, por mi parte, no tendré nada de que acusarme.
- JULIA. ¡El arrepentimiento nace siempre en la conciencia: y los hombres como usted, no tienen nunca nada de que arrepentirse!

ESCENA II.

DICHOS, SALAZAR por la izquierda.

- SALAZ. ¡He tardado más de lo que pensaba! Pero no podía venirme sin ver al ministro. ¿Has estado inquieta?
- JULIA. No por cierto. Además... (Señalando á Ricardo.)
- SALAZ. ¡Calla! ¡Tú aquí, buena pieza! ¡Yo te creía muerto!
- RIC. ¡Señor de Salazar, sé que va usted á partir para Filipinas un día de estos, creo que mañana ó pasado, y como no le he visto hace algún tiempo, venía á presentar á usted mis respetos y á hablarle de cierto grave asunto, del que ya he indicado algo á su señora, que como es natural, nada quiere resolver sin su consentimiento! Hay además ciertos detalles que sólo pueden decirse entre hombres, y por lo tanto... (Casi en voz baja.)
- JULIA. Ruego á ustedes que me dispensen... Tengo que concluir de hacer tu equipaje...
- SALAZ. ¿Estás triste?
- JULIA. ¿Cómo he de estar alegre la víspera de tu marcha?
- ¿Qué soy yo sin ti? (Con efusión y cariño.)
- SALAZ. Este viaje será el último.

JULIA. ¡Dios lo quiera!

SALAZ. ¡Y no será tan largo como te figuras! ¡Ve, hija mía! ve!...

JULIA. (¡Tú ves mi corazón! ¡piedad, Dios mío... piedad!)

ESCENA III.

SALAZAR, RICARDO.

SALAZ. ¿De qué se trata? (Sentándose ambos, á la derecha.)

RIC. De un gran favor que vengo á pedir á usted: y concédamele ó no, creo inútil decir que el asunto debe quedar secreto entre nosotros. Sé que puedo contar con la discreción de su esposa, como con la de usted, pero con usted puedo ser más franco. El caso es este. ¡Yo tengo una hija!

SALAZ. ¡Tú! (Sorprendido.)

RIC. ¡Yo! ¿Qué tiene de extraño?

SALAZ. ¿De la mujer con quien vas á casarte?

RIC. Nada de eso.

SALAZ. ¿Y tu futura lo sabe?

RIC. ¡No sólo no lo sabe, sino que es indispensable que no lo sepa nunca!

SALAZ. ¿Por qué?

RIC. Porque cree que no he amado más que á ella.

SALAZ. Vamos; porque sabe que tú no has amado nunca á nadie; lo que es más sencillo.

RIC. ¡Mala opinión tiene usted formada de mí!

SALAZ. ¡Muy mala!

RIC. ¿Formalmente?

SALAZ. ¿Formalmente!

RIC. ¿Y por qué?

SALAZ. Porque yo siempre tengo mala opinión de los hombres egoistas y de los seres fríos y calculadores. Continúa...

Tienes una hija...

RIC. De siete años.

SALAZ. ¿Y dónde está tu hija?

- RIC. En un pueblo cerca de Madrid, confiada á unas buenas gentes.
- SALAZ. ¿Y su madre?
- RIC. No la conoce.
- SALAZ. ¿Qué ha sido de ella?
- RIC. Yo podía decir á usted que ha muerto. Pero prefiero decir á usted la verdad. ¡Ando por el mundo!
- SALAZ. ¿Gracias á tí?
- RIC. ¿Cómo?
- SALAZ. ¿Sería sin duda una muchacha honrada á quien tú engañaste, abandonándola después?
- RIC. Á los veinticinco años no se engaña á nadie. Se deja uno arrastrar por su pasión.
- SALAZ. Pero desde el momento que aquella mujer, seducida ó arrastrada por tu pasión llegó á ser madre; desde el momento que un sér inocente había venido á este mundo de lágrimas, por culpa tuya, debiste hacer de aquella mujer culpable una esposa honrada.
- RIC. Quizá lo hubiera hecho con el tiempo, pero á mi regreso de un viaje de dos años, y á pesar de que yo la escribí alguna que otra carta aquella mujer se había casado. Usted quisiera que los hombres fuesen ángeles; mejor sería; puede que con el tiempo lleguen á serlo. Yo no soy un santo, estamos conformes, pero tampoco son santas las mujeres que he encontrado en mi camino. Usted ama, comprende y hasta practica la virtud; pero créame usted, Salazar, todos los hombres que están en mi caso hacen lo que yo, y hasta muchos de los que están en el suyo.
- SALAZ. Yo no sé lo que hay de verdadero ó falso en lo que me cuentas, y sólo te juzgo por lo que yo mismo conozco de tu existencia. Nadie es más indulgente que yo para los errores ajenos, cuando éstos nacen del corazón; pero lo que yo no perdono nunca son las acciones villanas que se cometen á sabiendas, y que se emplean como medio práctico, como procedimiento de la vida. Que un jóven de veinte años, abandonado á sí mismo,

mal educado como tú lo eras, con malos ejemplos á la vista, cometa todas las locuras de su edad, yo lo admito y lo disculpo durante algún tiempo; pero poco á poco, y cuando se tiene tu inteligencia, lo que á ese joven no le han enseñado, puede aprenderlo por sí solo. Tienes treinta y tres años; vas á casarte...

RIC. ¿Hago mal en ello?

SALAZ. ¡Déjame decirte el fondo de mi pensamiento: á tu edad se sabe siempre lo que se hace; y cuando sabiéndolo, se casa un hombre como tú vas á hacerlo, sabe perfectamente que no hace lo que debe!

RIC. Mi mujer...

SALAZ. Tu mujer, ó mejor dicho tu futura, á quien yo no conozco, ni conoceré probablemente en mi vida, te lleva algunos años...

RIC. Ocho ó diez... y está muy bien todavía...

SALAZ. Si no tuviera, sin embargo, ocho ó diez mil duros de renta, ni la hubieras mirado siquiera. Tú haces con el corazón de esa mujer y con el alma tuya, lo que se llama un *negocio*, y por lo tanto una de esas acciones villanas; uno de esos procedimientos prácticos que yo criticaba hace poco. Tienes una hija; cuando me lo has dicho hace un instante, creí que era de esa mujer: tu matrimonio entonces normalizaba una situación falsa, pero no hay nada de eso. Hoy, tienes treinta y tres años; es decir, la edad en que el hombre en toda su fuerza puede probar su energía, su desinterés, su dignidad. Tienes un empleo modesto, pero decoroso y suficiente para cubrir con algún exceso todas tus necesidades; con trabajo y perseverancia aun podrías mejorar tu fortuna, pero tú encuentras más cómodo casarte con una mujer rica y para tí casi vieja, aunque te sea inferior por su nacimiento, por su educación, por sus antecedentes... (Movimiento de Ricardo.) No te pregunto nada. Tú preferes unirse á esa mujer porque su fortuna te permitirá no trabajar, no hacer nada, y vivir en Madrid

como un vago, entre otros vagos que van á explotar-te ó despreciarte, según sean inferiores ó superiores á ti. Esto es lo que me da el derecho de decirte, la antigua amistad que me unió á tu padre, bravo y honrado militar que murió en mis brazos en la guerra de África, y cuya mayor desgracia fué no haber podido vigilar de cerca tu infancia, confiándola á tu madre que te amaba demasiado. Pobre madre, muerta probablemente al conocerse inútil para corregirte, y después de haber gastado hasta el último real de su modesta fortuna para pagar tus deudas y tus locuras. No me negarás que si todo esto es muy práctico, no es muy honroso para tí, que digamos.

Ric. Le haré á usted observar solamente, que al casarme, legalizo una situación...

SALAZ. Que te hace menos favor todavía. Lo sé, estás hace tres años en relaciones con esa mujer, criada ó ama de gobierno del dueño de una fonda de las más acreditadas de la corte. En sus últimos momentos celebró con ella un matrimonio de conciencia y por él vino á ser tu futura, la universal heredera del fondista millonario. Sé aún más. Me han dicho que no sólo eres el amante de esa mujer, sino su deudor.. (Movimiento de Ricardo.) No quiero saber nada; hay cosas que manchan sólo con hablar de ellas!

Ric. Señor Salazar; después de lo que acabo de oír, nada tengo que hacer en esta casa. (Levantándose.)

SALAZ. Te engañas. De mí puedes y debes oírlo todo: y si te hablo de esta manera, precisamente en el momento en que vas á pedirme un favor, no es ni para castigar tu indiscreción, ni para hacérmele pagar de antemano: es sólo para decirte, que aún es tiempo de que reflexiones; es porque se trata de un hijo; y porque abrigo la esperanza de que aún puedas regenerar tu ser pervertido, por un sentimiento... que yo no sospechaba en tí... el amor paternal. Veamos. ¿Amas á tu hija? (Levantándose.)

RIC. ¿Habría yo cuidado de ella hasta los siete años, si no la amara?

SALAZ. Si eso es cierto, desde hoy puedes empezar á ser otro hombre... ¿Qué es lo que quieres?

RIC. Oiga usted lo que venía á proponerle. Sean las que quieran las razones que me obligan á casarme con la Viuda de López, este matrimonio está resuelto, y ella no consentiría nunca en encargarse de mi hija; esta es la razón de por qué me veo obligado á ocultarle su existencia... Mi Clara tiene siete años, y á esta edad necesita ya una niña ser querida y vigilada. Hasta hoy ha vivido entre gentes honradas, pero del pueblo, en una aldea próxima á Madrid, y ellos la han enseñado, lo que han podido buenamente. Á leer, escribir, contar; algó de costura y otro poco de catecismo... eso es ya mucho para ellos... para ella... nada. Usted no tiene hijos; mañana ó pasado parte para un largo viaje, su esposa va á quedar completamente sola. ¿Quiere usted permitirme que la confie mi hija, á quien educará como ella quiera, á quien enseñará cuanto ella sabe, y á la que amará de seguro? Su esposa de usted está dispuesta á hacerlo: sólo falta la autorización de usted para realizarlo.

SALAZ. Trae á tu hija cuando quieras.

RIC. Voy á buscarla ahora mismo. La he traído á Carabanchel conmigo, previendo este resultado.

SALAZ. ¡Julia!... (Llamando: esta sale por la derecha.) Julia, muchas veces te he hablado mal de Ricardo Ruiz, olvídale. Tiene una hija y la ama; ese amor puede regenerarle y hacerle marcharen la vida por la senda del bien.

RIC. (La partida está ganada. ¡Eso es lo que importa!)

SALAZ. ¡Tráenos á tu hija! (Ricardo sale mirando á Julia que baja los ojos.)

ESCENA IV.

JULIA y SALAZAR.

- JULIA. ¡Qué alma tan hermosa es la tuya!
- SALAZ. ¡Mucho favor me haces!
- JULIA. ¡Cada día más hermosa! ¡Tú no sabrás nunca cuánto te amo!
- SALAZ. ¿De veras?
- JULIA. Y si no te lo digo más á menudo...
- SALAZ. Es que estoy casi siempre muy lejos para oírte...
- JULIA. No; es que vales tanto, que tu presencia me acobarda; por eso te lo escribo... ¡entonces me parece más fácil confiartelo!
- SALAZ. ¡Tengo diez y ocho años más que tú! Esa es mi sola superioridad sobre tí, y bien triste por cierto, Y si tú no me dices que me amas, ó á lo menos no me lo dices tanto como deseas cuando estoy á tu lado, es porque querrías decírmelo como se lo dirías á un marido de tu edad, y mis cabellos grises desvanecerían tus ilusiones; mientras que de lejos, no tengo para tí edad ni forma; mis canas se confunden con las tintas vagas del horizonte y puedes olvidar lo bastante mi fisonomía, para creer que me amas.
- JULIA. ¿Dudas de mi amor? Mal haces. Créeme Carlos. Tengo hacia tí tal admiración, tal respeto, tal culto...
- SALAZ. Inventa cuantas palabras quieras, ninguna de ellas equivaldrá al amor...
- JULIA. Tal amor, tan poderoso, tan profundo, tan grande, que yo no vivo más que para tí en la imaginación y en la realidad. ¡Yo te lo debo todo! ¿Quién era yo? Una muchacha pobre y desdeñada, que es hoy por tí una mujer dichosa, envidiada y rica. Tú me has dado tu fortuna, que es lo de menos, y tu apellido honrado y glorioso asociándome á tu noble y útil existencia. Antes de conocerte, yo no veía, no sabía, no compren-

día. Tú me has hecho vivir, en fin, sábelo de una vez; si mi muerte, en cualquier momento que llegue, pudiera ahorrarte un dolor, una pena, una emoción tan sólo, yo moriría sonriendo y diciéndole á la muerte. ¡Bendita seas!

SALAZ. Te creo y te amo. (Queriendo alejarse.)

JULIA. (Deteniéndole cerca de ella.) No; no. Te conozco demasiado para no leer una duda en tus ojos: si ellas pudieran ocultármerla, yo la leería en tu pensamiento. Nuestras dos almas no son más que una... recuérdalo. ¡Tú eres mi esposo; mi padre, mi amigo.. mi Dios! Nada de lo que sientas me es indiferente y todo lo que vibre en tu corazón palpita apresurado en el mío. ¿Por qué estás triste cuando me oyes decirte que te adoro?

SALAZ. Me ausento de tí mañana.

JULIA. ¡No te vayas! Manda tu dimisión. Tú no necesitas de nadie!

SALAZ. Pero hay muchos que necesitan de mí. Toda mi tripulación me espera y me ama. Esos hombres y yo hemos compartido la misma vida, y corrido los mismos peligros. Yo soy su jefe, su compañero y su hermano, como soy tu esposo, tu guía y tu amigo; no tengo por lo tanto el derecho de confiarlos á otro, mientras tenga fuerza para conducirlos yo mismo. Además, estoy acostumbrado á esa existencia enérgica, á esos rudos trabajos, á esas luchas, á esas fatigas, á esos pensamientos elevados y religiosos que nacen en el silencio de las grandes soledades. ¿Cómo no creer en el cielo, cuando no se ve otra cosa en cuanto abarca la vista? La inacción prolongada de esta vida inútil me mataría, y tú misma me estimarías menos al verme ocioso é inactivo. El trabajo es el deber, es la comunión del hombre con la humanidad; ¡déjame trabajar, déjame vivir!

JULIA. ¡Tú tienes siempre razón! y yo la tenía al decirte que tu alma es cada día más hermosa.